

EL CERRÓN DE DALÍAS Y LA ANTIGUA *ULISSEIA*

Lorenzo Cara Barrionuevo

«Por aquel tiempo, todos los demás héroes que lograron escapar de los horrores de la guerra y los riesgos del mar se hallaban ya de regreso. Únicamente Ulises deseaba volver a su casa».

Homero

Los iberos han entrado en la historia como una civilización urbana y jerarquizada que impulsó el comercio, la escritura, la agricultura intensiva y un arte original: las características de los pueblos-leyenda que fundan un mito civilizador. Aún así, persiste el aura misteriosa, a la que se suma la poética de fabulosas y legendarias riquezas entroncadas con la mitología clásica.



Vista aérea oblicua de la ladera septentrional del cerro.

Los iberos son los grandes desconocidos en la historia provincial y un gran vacío en la de una comarca que cuenta con unos de los asentamientos más importantes de esta cultura en la costa meridional granadina y almeriense: El Cerrón de Dalías.

1. EL ASENTAMIENTO IBÉRICO

«Volvía de Sicilia, y un dios me ha desviado de mi ruta arrojándome sobre vuestras costas. Mi nave está anclada lejos de la ciudad, cerca del campo»

El impresionante cerro que domina en su extremo el Campo de Dalías, una dilatada extensión del mar y la vega dalayense, está compuesto por materiales calizos del mioceno, incrustados en los del triásico del entorno. Forma una plataforma irregular, de planta con tendencia rectangular y declive al sudeste (plano 1), cortada a su lado septentrional y oriental por la rambla de Almacete.

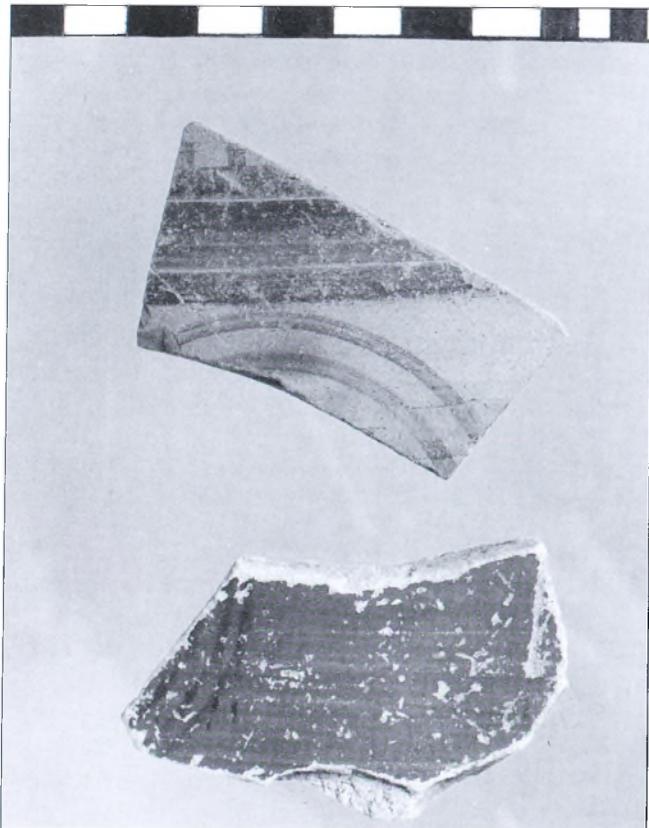
El Cerrón fue ocupado en distintos periodos. De la Edad del Cobre, aproximadamente hace 4800 a 4200 años, Algarra encontró «puntas, raspadores y trozos de cuchillos en sílex y pedernal, un hacha pulimentada y trozos de otras cuatro» (1954); en algunas cuevas que dan al barranco de la rambla de Almacete aparecen raspadores

y esquirlas de la talla de sílex. El lugar fue reocupado en época romana (siglos II y III dC) pues aparecen algunos fragmentos de la conocida cerámica fina clara africana (ARS, TSCI. A). Algunos materiales fotografiados por Rubio (1994: 12) y el hecho de aparecer trozos de tinaja con cordones en relieve, confirma una nueva ocupación del cerro entre los siglos IX y X. Por último, una era en el extremo meridional de la plataforma muestra que el paraje estuvo siendo cultivado de cebada en los siglos XVIII y XIX.

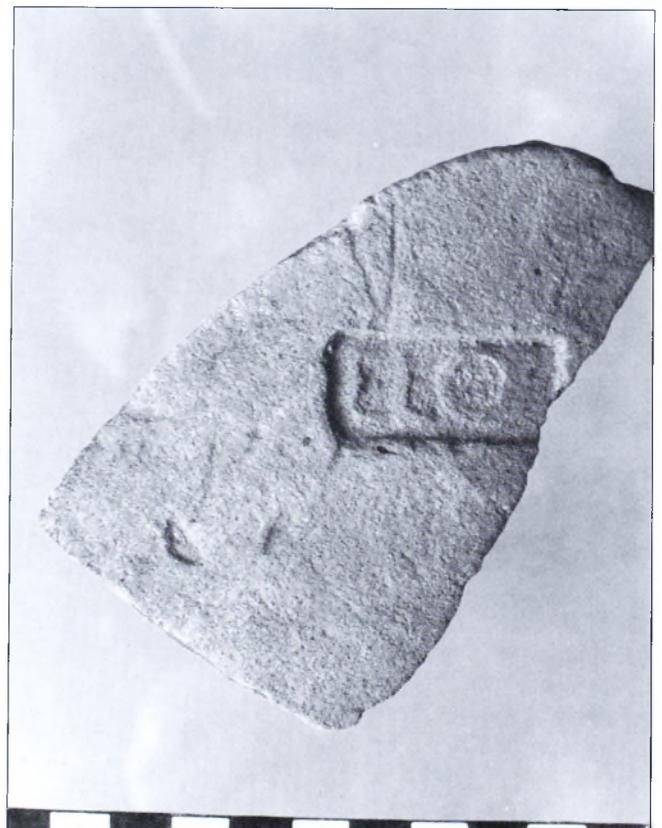
El origen inmediato del poblado ibérico hay que buscarlo en el Bronce Final (aproximadamente en el siglo VIII antes de Cristo). De esta época se encuentran algunas tinajas realizadas a mano o cazuelas y cuencos bruñidos, de superficies oscuras y brillantes como el cuenco abierto y superficies espatuladas de color rojizo que ingresó en el Museo Provincial Ramón Algarra. Antes del periodo ibérico clásico o pleno, la población se desdobra y coloniza el Campo. De Ciavieja parece proceder la llamada «espada de Dalías», donada por su descubridor a Gómez-Moreno (1957) en los años cincuenta, del tipo de antenas horizontales, con empuñadura de botón y tres clavos en el eje, a la que falta parte de la hoja y punta (en total tendría 40 cm de longitud, de los que sólo se conservan 24), propia del siglo VI antes de Cristo (Blanco,

1965). El nuevo asentamiento recibe la influencia -cuando no colonización directa- de gentes semitas (Carrilero y López, 1994: 267).

Con todo, la mayoría de los restos corresponden a los siglos V al II antes de Cristo. Son comunes las escudillas rojizas y las jarras, ollas y tinajas con dibujos en círculos concéntricos y «eses» paralelas en rojo oscuro y negro. Algunas ollas presentan rosetas y otros elementos estampillados (Algarra, 1954), semejantes a las halladas en El Cerrillo de Ciavieja (El Ejido). Ciertos platos barnizados en rojo por ambos lados parecen tener su origen en otros fenicios, como las vasijas de barro gris. De los siglos III y II antes de Cristo aparecen cerámica campaniense A y B, procedente del sur de Italia, y ánforas itálicas con marca impresa que señalan la introducción de los primeros productos romanos. En bronce se han hallado gruesas agujas (10,6 cm de longitud) y brazaletes (siete cm de diámetro), pie de vasija, un «clave» y una fíbula (broche) de bronce; plaquitas, un pasador y muchos clavos son de hierro; también abundan las planchas de plomo y las escorias de este mineral. Recordemos al respecto la antigua leyenda de la cueva del Sabinal y la plata de los fenicios que nos trasmite el viajero francés Boissier de su vista a sierra de Gádor en los años treinta del siglo pasado (Cara y Rodríguez, 1986: 12).



Algunos materiales arqueológicos ibéricos.



Trozo de ánfora con la marca «ELO».



Vista aérea donde se observa el tramo meridional de la muralla superior.

Como actividades económicas documentadas destaca el importante número de pesas de telar troncocónicas y rectangulares. También se encontraron varios trozos de crisoles (Algarra, 1954).

2. ODISSEIA, LA CIUDAD MÍTICA

*«El sol se ponía,
y a la hora en que las sombras llenaban
todos los caminos
entraron en Feres, donde el rey...
les brindó hospitalidad»*

El poblado ibérico estuvo amurallado con muros rectilíneos, de recorrido topográfico, excepto al sur, que bajan a la cota de los 425 metros absolutos tras un recodo, y en todo el flanco de poniente, donde la diferencia de altura hace a veces innecesaria su construcción. En la ladera meridional se observa, en la fotografía aérea, otro muro que recorre el cerro a una cota ligeramente superior a los 400 metros y que Algarra cree ampliación del poblado en época romana (1954).

Poco se puede decir de las características de estas murallas: levantadas en mampostería en seco, a veces trabadas con tierra y empleando sillarejos, su disposición es difícil de seguir sobre el terreno al confundirse con balates de cultivo que, a menudo, reaprovechan los materiales pétreos. La muralla es más evidente al sudeste, donde destaca por su grosor y elevación. En otros lugares, en especial a poniente, se observa tallada la roca para asentarla y aumentar con ello su posición defensiva (Algarra, 1954).

En conjunto, el área habitada abarcaría una superficie aproximada a las 4,2 H^a, mientras que el barrio sudoriental excede la hectárea y media.

El Cerrón debió desempeñar un importante papel en la organización del territorio indígena de la Comarca y, en general, el comercio de la zona, relaciones de las que el escudo municipal de Dalías constituiría una rememoración alegórica. La Abdera (Cerro de Montecristo y casco urbano, Adra) fenicia y cartaginesa, la Murgi (El Cerrillo de Ciavieja, El Ejido) cartaginesa e ibérica, la Vergi ibérica (Cerrillo de Rigualte, Berja) junto a otros asentamientos menores (cerro de La Encantada, Adra;

La Tomillera, Berja; Escariantes, Ugíjar) son los poblados contemporáneos en la Comarca.

Algunos decenios antes de nuestra Era, el geógrafo helenístico Strábon (Libro III, cap. 2, 13 y 4, 3) hablaba de una población en las montañas, llamada *Odisea*, que es fácil poner en relación con el asentamiento. Sin embargo, algunos autores la han localizado, sin razón aparente, en Málaga (por ej. A. Schulten, en sus *Fontes Hispaniae Antiquae*, VI, pág. 225).

Ulises (el *Odysseos* griego) dejó recuerdo en la topografía antigua como denominación mítica de «extremo» o «confín» del mundo conocido. De *Olysiopoma* (la actual Lisboa), afirmaba san Isidoro que fue «fundada y llamada así por Ulises» (*Etimologías*, Libro XV, cap. I, pág. 367). La tradición tardía sobre sus viajes en el extremo occidente mediterráneo se ha interpretado como una estrategia de prestigio helenística frente al mundo romano en ascenso. Recientemente, F.J. Lomas ha recopilado otras leyendas recogidas en los textos clásico, relativas a la presencia de héroes homéricos en el sur de la Península (1991: 15-20).

Estos hechos legendarios fueron narrados en sendas epopeyas, atribuidas tradicionalmente a

Homero: la «Ilíada», en la que se glosa la guerra de Troya o la cólera de Aquiles, y la «Odisea», en la que describe el retorno de Odiseo a su hogar tras el fin de la contienda. Los antiguos griegos valoraban estas obras épicas como símbolos del heroísmo y la unidad helenística, fuente de aprendizaje moral y práctico y manual de interpretación de la historia desconocida, cuyas evidencias de verosimilitud se veían por todas partes. Sin embargo, toda leyenda tiene siempre algo de verdad.

3. EL TEMPLO DE ULISES

*«¿No respetarán los inmortales
a un pobre náufrago
que llega, como yo hoy, a postrarse ante tí
después de tantos infortunios?»*

Del conjunto de ruinas esparcidas por el cerro, que hemos intentando situar en el plano de localización, destaca un conjunto de tres edificaciones próximas.

El «templo» de El Cerrón es un pequeño edificio rectangular (plano 2), de poco menos de



Tramo sudoccidental de la muralla superior.



Muros del «templo», parcialmente excavado y expoliado.

seis metros por tres, abierto hacia el sur y levantado con sillares de calcarenita o toba (piedras calcáreas formadas bajo el agua, con restos de animales marinos o plantas), de poco menos de 75 cm de longitud. Está situado en la parte alta del cerro pero no en su cima.

Excavado perimetralmente hacia 1978, en sus inmediaciones había un trozo de friso decorado, que hoy se conserva en el Museo Arqueológico Provincial. Mide 72 cm por 49 de altura y, aproximadamente, 37 de grosor. Presenta triglifos (adornos del friso o cornisa en el templo griego que tienen forma de rectángulo saliente, surcado por tres canales) y metopas (decoración intermedia en forma de rosetones de doble corona).

Cada triglifo mide 7 cm de ancho y se encuentra separado por una acanaladura de sección trapezoidal que no llega a atravesar todo el campo. La metopa de la izquierda es un rosetón doble enmarcado en cuadro de 38 por 33 cm de altura; la primera corona es de ocho pétalos bilobulados, la segunda del doble y un solo lóbulo. La de la derecha, está más deteriorada; la corona exterior -la única visible- queda formada por pétalos pun-



Friso decorativo del «templo», siguiendo modelos griegos.

tiagudos. Completaba el conjunto una cenefa inferior con un sencillo denticulado.

Esta decoración sigue modelos helenísticos de estilo corintio, propios del s. III antes de Cristo, prueba del fuerte prestigio de la cultura griega en un medio ampliamente influenciado por fenicios y cartagineses. Los paralelos hay que buscarlos en Grecia: en templos de estilo dórico (el «orden» más antiguo de la arquitectura griega) de Corinto o en el de Asclepios en Epidauro (Papahatzis, 1978: 135, fig. 113), obra del s. IV antes de Cristo.

En las inmediaciones, pero descontextualizado de cualquier otra obra constructiva, apareció un trozo de un fuste de pilastra semicircular estriada, con basa simple, que hoy conserva el Museo de Historia Local de El Ejido. Mide 41 cm de largo por 45 de alto y 30 de ancho, y en su lado superior



Columna estriada tal y como se encontraba en el lugar hace algunos años.

presenta un agujero cuadrado de unos 6 cm de lado. Su tipología parece propia de santuarios de los siglos III-II antes de la Era en la zona murciana que empleaban plantas helenísticas (Ramallo, 1993: 90).

La disposición de los restos conservados parece confirmar que debió de ser un templo próstilo (con columnas sólo en su frente), de planta rectangular, adelantándose los dos muros hasta la línea de columnas, junto con las cuales sostiene el frontón. Estos edificios, a semejanza de los griegos, suelen construirse sobre un plano inclinado en cuya mayor depresión se coloca la fachada y las gradas de acceso; los paramentos también eran de sillares prismáticos, a veces unidos por grapas de plomo (Fernández, 1982: 154).

En su desarrollo más amplio, eran santuarios del tipo de «temenos», de planta rectangular, pronaos (vestíbulo) y naos (sala principal), con una especie de banco adosado a la pared en el que se colocaban las estatuas o exvotos (presentes). Un pórtico con columnas, al que se accedía por varias gradas, completaba el conjunto (Fernández, 1982: 159).

Los santuarios tuvieron especial importancia, ya fuera establecidos en encrucijadas o puntos estratégicos de vías obligadas o dentro de ciudades que dominaban un amplio territorio en el que era

imprescindible comerciar o atravesar. El de El Cerrón parece distinto de una serie de «templos» costeros aislados, que eran altares de sacrificio y en los que se consideraba sacrílego permanecer por más tiempo según Avieno (Ora Maritima, pág. 350-3).

4. OTRAS CONSTRUCCIONES

*«Y allí, día tras día,
permanecemos un año entero agasajados
generosamente con abundantes carnes
y delicados vinos»*

En la Antigüedad, los santuarios disponían de pozos o fuentes con cuya agua llevar a cabo las ceremonias, como aquí varios aljibes. Siguiendo la costumbre corriente en los centros religiosos helenísticos y capitolios romanos, la cisterna ocupa la explanada delantera del «templo» principal.

Unos diez metros al sudeste de este se abre en la roca un pozo circular que se comunica con otro abierto en una entalladura del terreno y con puerta de acceso a la galería (plano 2). Creemos que se trata de un doble pozo, del que se obtendría el agua del más bajo para abastecer al más próximo al edificio. Cerca de dos nuevos pozos



Pozo-cisterna de El Cerrón, una de sus construcciones más monumentales.



Uno de los muchos pozos de agua del poblado.

excavados y a unos 30 metros en la misma dirección (plano 2), se aprecia otra construcción de sillares, que parece señalar un almacén orientado al sudoeste, con muros de sillares de medidas más irregulares (75 a 82 cm de longitud).

Estos pozos o fuentes permitían llevar a cabo las ceremonias, como en el Herákleion (templo de Hércules) de Cádiz, a cuya fuente se bajaba a través de peldaños (Strábon Libro III, cap. 5, 7, pág. 188 y 190). A veces, por la mala calidad del agua de los pozos costeros se preferían las cisternas. Algunas pocetas e incluso pozos de El Cerrón estaban impermeabilizados con enlucido de mortero para así impedir la infiltración del agua de lluvia.

Mientras las viviendas (foto 11) se levantaban con muros de mampostería (normalmente de 60 a 70 cm de ancho), los edificios monumentales destacan por su ejecución más cuidada. Los bloques de piedra han sido perfectamente cortados, escuadrados y dispuestos en sus hiladas. Las dimensiones de los sillares utilizados en el «templo» (75 cm) regulan, además, las medidas del edificio (anchura x 4; longitud x 8). En el caso del edificio que hemos denominado «almacén», este módulo se rompe, al igual que en otro edificio construido con sillares y de la misma orientación situado algunas decenas de metros a levante.

Nada se sabe de las tumbas de la población. Existe la posibilidad de que una de las necrópolis se localizara en el SE, situada a media ladera, al lado del camino de acceso (una vereda empedrada en su tramo más empinado que arranca de la llanura) y cerca de la zona puesta en cultivo a

finales s. XIX. Procedente de una zona incierta, fue hallada hace años una caja funeraria en piedra, típica de los pueblos ibéricos bastetanos (los que ocuparon parte de las actuales provincias de Granada, Almería y Murcia) y otros restos estudiados hace poco (Sanmartí, 1982).

5. CONCLUSIÓN

«Despierta, Penélope, querida hija, y contempla con tus ojos al hombre por el que penastes largo tiempo. Aunque tarde, Ulises ha regresado»

Los profundos conocimientos de los navegantes orientales que recorrían los inciertos caminos del mar podían asegurarse por medio de la observación de la costa (recordemos que en el templo de Cádiz debía permanecer siempre encendido un fuego sagrado). De aquí la importancia de los templos como mojones y jalones de recorrido pero también como lugares sagrados de intercambio. La leyenda asociada a *Odyssea*-El Cerrón de Dalías



Muro de vivienda situada al sudoeste.

sobre la existencia de proas o mascarones de naves nos habla de un lugar de comercio entre el mundo ibérico del interior y el fenicio-cartaginés de la costa, relaciones presididas por la explotación minera de la Sierra pero también por la puesta en producción de las vegas del interior.

La versión ibérica de la fórmula de la hospitalidad se encontraba vinculada a patrones religiosos, en los que el huésped, aunque ajeno a la comunidad, debía ser acogido pues honraba y llenaba de mérito al anfitrión, y como muestra de cohesión social y extensión de redes de clientela. Por lo tanto, estos «templos» constituían verdaderos centros «urbanos», cuyo prestigio e influencia abarcaba a distintas comunidades.

La tipología de este templo -uno de los escasos de época ibérica conocidos hasta el presente- diferencia de los del interior, ya sean andaluces o albacetenses (en su mayoría rupestres) y murcianos (complejos sagrados, con habitaciones como dependencias), acercándolos a los levantinos (del tipo «urbano» pero muy diversos en tipología), como el de la Serreta de Alcoy (Alicante), fechado en el s. III a.C. (Fernández, 1982: 161-62).

Sobre quiénes fueron los responsables de la localización de estas presuntas andanzas de Odiseo por el Sur de la Península y por qué hay una opinión consolidada entre los investigadores. Antonio García y Bellido (1948: 15-25), era de la opinión de que estas «historias» se elaboraron en época helenístico-romana, es decir hacia los siglos III y II

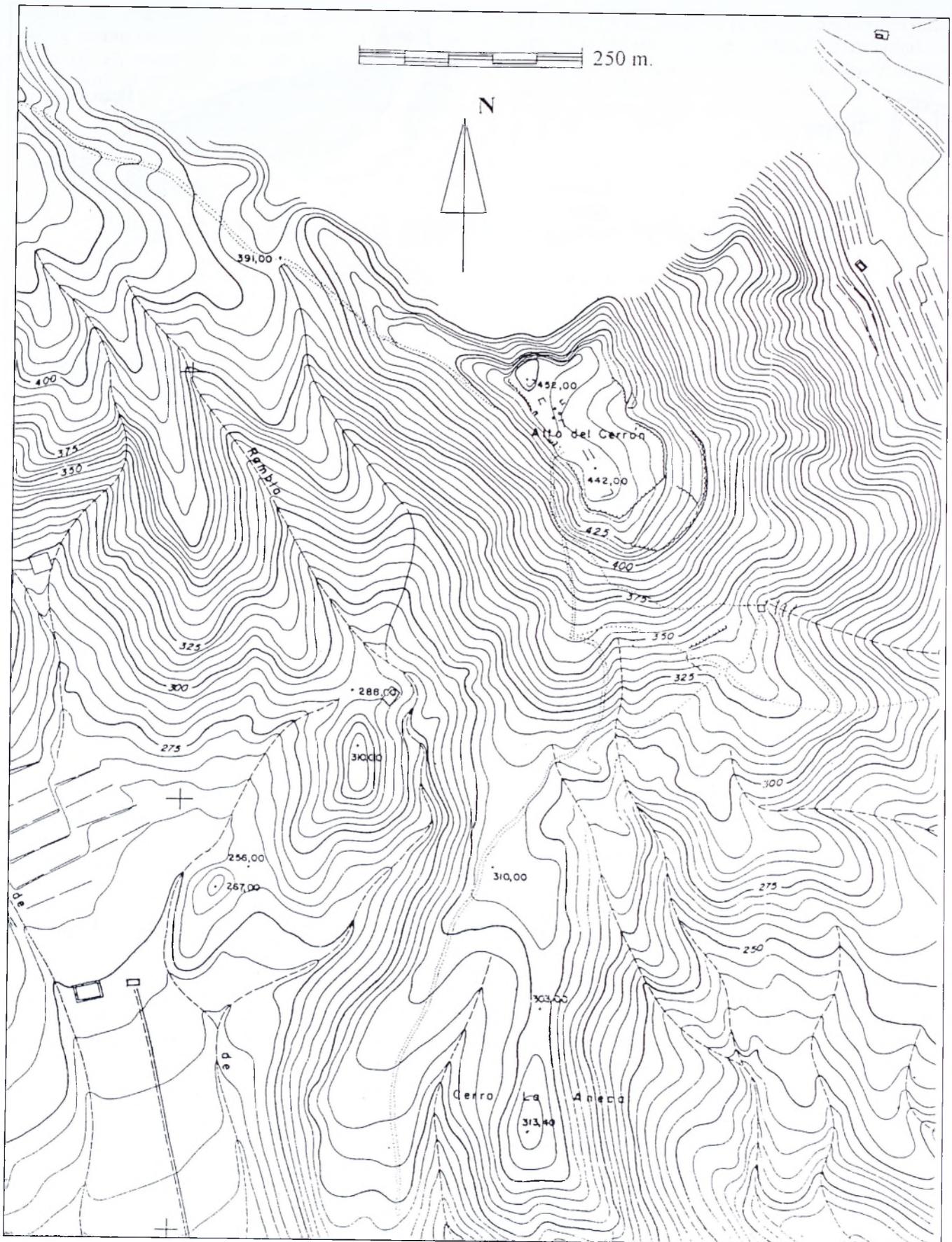
antes de Cristo. Gascó lo achaca al influjo suditálico, buena parte de origen campano, y bien atestiguado en el Sur de la Península desde la última fecha y que se concreta en la importante presencia de nombres griegos o helenizados en *Abdera-Adra* (por ej. *Pyrallis*, *Clymene* y *Byblis*; CIL, II: 1996; Lázaro, 1980: 57). Probablemente si Strábon y los autores que cita hubieran sido de origen semita, la leyenda, sin perder sus resonancias míticas, hubiera sido muy distinta.

Cabe también otra posibilidad. Los foros o centros políticos de la ciudad romana -dice san Isidoro- «fueron llamados pro rostris, porque cuando en las guerras púnicas se cogieron las naves de los cartagineses, se le quitaron los rostros (proas) y se pusieron de una manera fija en el foro romano, como testimonio insigne de la victoria» (*Etimologías*, Lib. XV, cap. II, pág. 370). ¿Conmemoraría el monumento dalayense alguna batalla naval o simplemente mostraba, quizás un tanto metafóricamente, la clausura de relaciones comerciales con los griegos que impusieron los cartagineses en su toma de la Península?

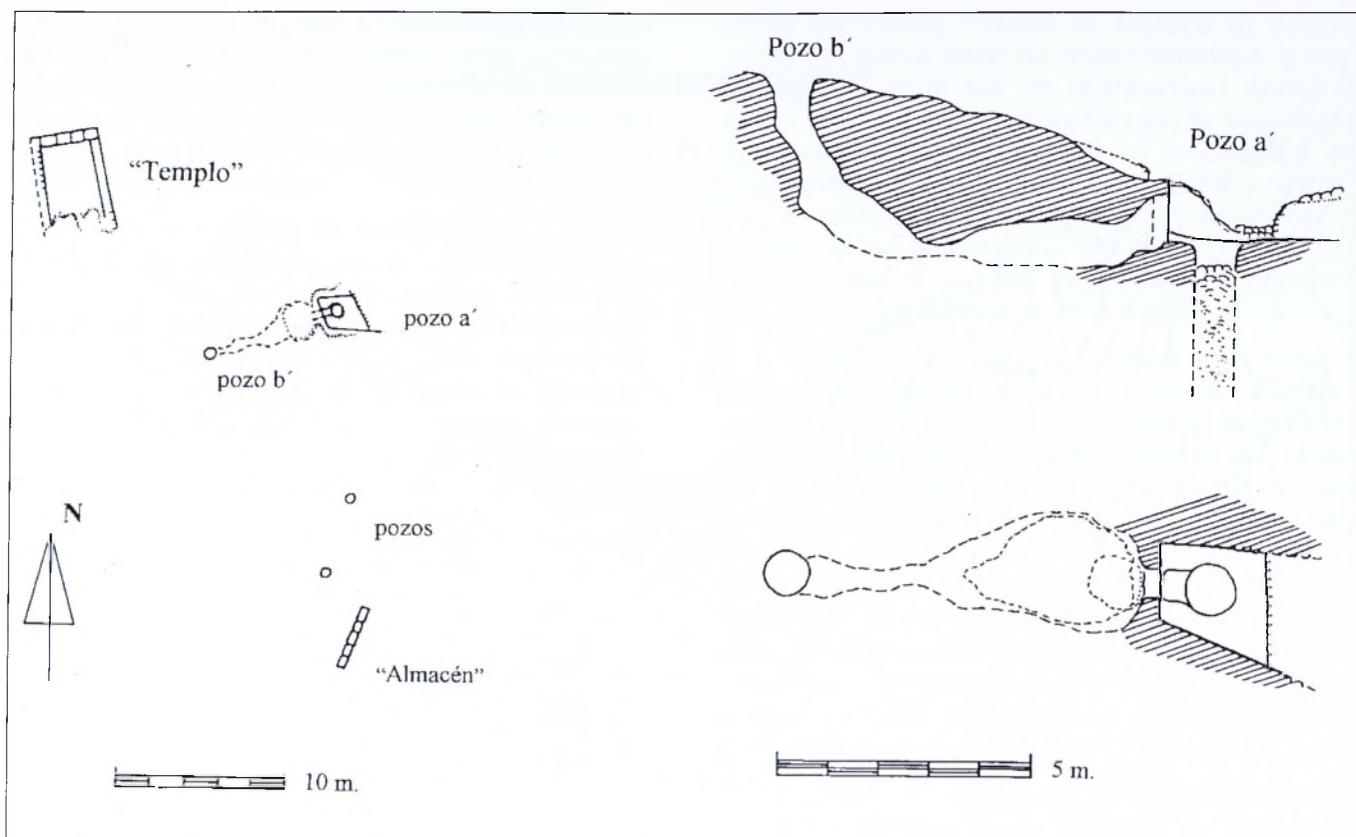
El misterio todavía sigue envolviendo a la mítica ciudad de Ulises, mientras el viajero no encuentra el camino de regreso. Debemos ser vigilantes para que sus restos no sean expoliados, consumidos por la desmemoria y la ambición, y puedan desafiar con éxito al tiempo y sus secuaces, más peligrosos que las engañosas sirenas, el impetuoso cíclope y la astuta Circe juntos.

«Después viene Ábdera [Adra], fundación de los foéniques [fenicios] igualmente. Allende estos lugares, en la región montañosa, se dice está Odysseia, y en ella el santuario de Athená [diosa Atenea, protectora de la ciudad griega de Atenas, quizá una divinidad indígena asociada a ella por similitud], como atestiguan Poseidónios, Artemíodoros y Asklepiádes el Myrleanós (...) Éste dice que en el templo de Atená había suspendidos escudos y espolones de navío en memoria de los viajes de Odysseús [Ulises], y que algunos de los que hicieron la expedición (...) llegaron en sus andanzas hasta el interior del país. Y dice además que él había llegado a saber que algunos de los compañeros de Heraklés [Hércules] y los que partieron de Messéne colonizaron Ibería».

Traducción de Antonio García y Bellido (1976): España y los españoles hace dos mil años según la «Geografía» de Strábon. Madrid, 5ª ed., págs. 100 y 128.



Plano 1. Situación de El Cerrón, con la localización de algunos restos de edificios.



Plano 2. Planta de las principales construcciones y sección del pozo-cisterna.

BIBLIOGRAFÍA

- ALGARRA ESTEBAN, R. (1954): «Yacimientos arqueológicos en Dalías». *Yugo* 26-X-54, pp. 8 y 4.
- BLANCO FREJEIRO, A. (1965): «El ajuar de una tumba de Cástulo». *Oretania* XIX; pp. 35-37.
- CARA B., L. y RODRIGUEZ L., J. M^a (1986): «Notas para el estudio de la minería almeriense anterior al siglo XIX». *Bol. Inst. Est. Almersienses* 6 L; pp. 11- 24.
- CARRILERO MILLÁN, M. y LÓPEZ CASTRO, J.L. (1994): «Ciavieja. un asentamiento de época púnica en el Poniente almeriense». A. GONZÁLEZ BLANCO, J.L. CUNCHILLOS ILLARRI y M. MOLINA MARTOS, coord. *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Cartagena, 1990. Murcia; pp. 251-68.
- FERNÁNDEZ VEGA, A. (1982): «Elementos arquitectónicos de los santuarios ibéricos». *Helike* 1; pp. 153-62.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1948): *Hispania Graeca*, I. Barcelona.
- GARCÍA RUBIO, Fr. (1989): *Historia de Dalías y de su antiguo término municipal*. Almería.
- GÓMEZ-MORENO, A. (1957): «La espada de Dalías». *Homenaje a López Cuevillas*. Madrid; pp. 21-27.
- LÁZARO PÉREZ, R. (1980): *Incripciones romanas de Almería*. Almería.
- LOMAS, F. J. (1991): *Historia de Cádiz. Entre la leyenda y el olvido, épocas antigua y media*, I. Cádiz.
- PAPAHATZIS, N. (1978): *Mycènes, Épidaure, Titynthe, Nauplie, L'Héraion d'Argos, Argos, Asiné, Lerne, Trézénie*. Atenas.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1993): «Terracotas arquitectónicas del santuario de la Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)». *Archivo Español de Arqueología* 66; pp. 71-98.
- SANMARTÍ-GRECO, E. (1982): «Caja funeraria y soporte pétreos de época ibérica, procedentes de Dalías (Almería), conservados en el Museo Arqueológico de Barcelona». *Ampurias* 44; pp. 105-120.